



*OTRAS COMUNICACIONES  
DOXA  
Farera*

Estromatolitos y cianobacterias. Poza Azul, Cuatro Ciénegas, Coahuila, México.  
Imagen propiedad de José Víctor Calderón Salinas

## DOXA

### FARERA

Soy la que enciende la lámpara  
donde antes rugía el mar de Tethys.  
Los geólogos murmurán que estas rocas  
son su lecho seco.

Que murmuren, mientras sus martillos  
revelan microbialitos huérfanos  
anidando en las cálidas dulzuras  
de las pozas.

Los cartógrafos borraron el azur  
de los mapas,  
pero los hidrógrafos aún trazan  
las venas de agua subterránea,  
ríos fantasmas que lloran sal en la oscuridad.

Subo la escalera de caracol al anochecer,  
con crujido de rodillas:  
Aceito engranajes que gimén  
como ballenas varadas,  
froto el vidrio con vinagre y sal  
hasta que brilla como escamas de pez abisal.

¿Para quién brillo?

Los cetáceos qué surcaban estas aguas  
son montañas ahora;  
no hay rastro del nido del pterodáctilo...  
Pero guardo su esqueleto en caliza  
mientras las cochinitas oniscidea medran en  
cualquier rendija húmeda,  
—cascarones ambulantes del mar perdido.

Los barcos que surcaban sus olas son  
polvo en el Sahara, pero ese mismo polvo  
—arcillas, magnetita, tierra de diatomeas—  
vuela en los alisios,  
irregular, caprichoso hasta posarse en  
las pozas, alimentando  
a las cianobacterias y formando  
estromatolitos que florecen verde y ocre.



Pero aun así enciendo la luz.  
No para guiar a nadie,  
sino porque el ritmo del faro  
es el último latido del mar desaparecido.  
Porque si la oscuridad devora esta torre,  
el Universo olvidará que aquí hubo un océano...  
y que los humanos supimos mantener fuego  
contra el olvido con sal, óxido y terquedad.

De día, toco el agua para confirmar la  
temperatura y niveles.  
De noche, el haz besa las pozas:  
Los microbiolitos y estromatolitos irisan la luz.  
Las oniscidea alzan sus antenas hacia el viento  
que trae consigo ecos de dunas  
y salivazos de estrellas.

Tiembla el espejo lunar en charcos mínimos  
al vuelo al ras del murciélagos.  
Y por un instante —solo un instante—  
el mar de Tethys respira.

Sonrío. 

Ma. del Rosario Cruz Nieto  
[mari.cn@hotmail.com](mailto:mari.cn@hotmail.com)